

su vida sólo tendría un sentido: mantener viva la llama de un error», la persona de Faroni. He ahí su afán: ser Faroni, rescatar para la ficción inmediata del presente la ficción proyectiva del pasado, recuperar lo no sido. Cabría citar unas palabras de Juan Marsé, de *El embrujo de Shanghai*: «Entonces yo aún no sabía que a pesar de crecer y por mucho que uno mire hacia el futuro, uno crece siempre hacia el pasado, en busca tal vez del primer deslumbramiento». Así se ve Gregorio «a sí mismo, al adulto que ya era, como un intruso en la vida del adolescente que había sido, y tuvo que respirar hondo para escapar a la asfixia de un devastador sentimiento de lástima». El resto de la trama es sencillo: las complicaciones de la perpetuación del error, esto es, una especie de esquizofrenia de la ficción en la que Gregorio es la realidad y el deseo, es Olías y Faroni (es incluso un Olías duplicado: el que es y el supuesto biógrafo). El final es una afirmación del éxito de la existencia, la certeza de «que el hombre comete siempre los mismos errores, pero que cada error es irrepetible, porque sólo quien lo comete lo ha vivido, y vivir es errar». La novela termina con Gil y Gregorio planeando otra vida feliz en el Círculo Cultural Faroni, especie de gran Teatro integral de Oklahoma en el que sólo cabe una fe ciega, diminuta y firme.

## IV

Toda esta peripecia puede reducirse a una palabra que aparece a menudo en la infancia y en los recuerdos de Gregorio Olías y que es llave necesaria para adentrarse en los dominios narrativos de Landero. Me refiero, naturalmente, al «afán». De hecho, ya en el mismo procedimiento suspensivo de su presentación y en el grito enfático de tío Félix en el segundo capítulo («¡¡El afánnn!!», dice), el lector sospecha que se encuentra ante un ingrediente sustancial de la configuración de la trama. Enseguida, además, viene un personaje de la novela a definir con exactitud la noción de «afán». Se trata del abuelo, hombre hábil en los discursos, pero sin ocasión para ejercitar sus capacidades, que aprovecha la presencia de los obreros que tienden la línea férrea para exponer su filosofía de la existencia. «El afán —les explica— es el deseo de ser un gran hombre y de hacer grandes cosas, y la gloria y la pena que todo eso produce». Y, tras el enunciado de la proposición, en una amplia exégesis oratoria, aclara: «¿Puede haber algo más grande que lo que no hay? ¿Puede haber algo que exceda al afán? [...] Sólo el afán nos mantiene vivos y voraces. [...] Los pobres se desesperan porque son pobres y los ricos por no ser más ricos. Entonces, ¿no vale más desesperarse por el imposible? ¿No ahorraremos camino? [...] Nadie podrá decir de mí: “Ése pasó sin pena ni gloria”. No, pasé con ambas.

Con una entretuve a la otra, las engañé a las dos, las enganché juntas al carro del afán. [...] No permitáis nunca que se cumpla el afán, no pongáis los suelos al alcance de los niños para que nunca sean tan miserables como vosotros, ferroviarios». Tales enseñanzas acompañarán toda su vida a Gregorio Olías y a veces las palabras del abuelo le rondarán la cabeza en páginas siguientes: «Y no te quedes corto en el pedir. Cuanto más difícil sea el plan, más orgulloso estarás de él, y si es imposible, mejor aún, porque en el fracaso tendrás también la gloria». Cabe decir, sin embargo, que, por encima de esta definición, el afán no es sólo un ejercicio de filosofía rural ni una ética doméstica de la felicidad, sino el razonamiento de un propósito literario, una apología de la literatura, un método de composición y una propuesta de lectura. A esta extensa idea del afán, tan noblemente cervantina, responden las dos novelas de Landero y responderán, probablemente, las que siga escribiendo.

## V

Empeñarse en su afán y considerar que la vida es el cumplimiento del afán es, sin duda, la característica más destacada y distintiva de los personajes principales de Landero, tanto de Olías y Gil en la primera novela, como de los Tejedores, Belmiro Ventura, Amalia Guzmán, Luciano y don Julio Martín Aguado en la segunda, lo que nos lleva de nuevo a la proposición de Spinoza: «Cada cual se esfuerza, cuando está a su alcance, por perseverar en su ser». Ahora bien, puesto que ser consiste en ser mejor y querer ser no es otra cosa que querer ser mejor («el mero seguir siendo idéntico a sí mismo es ser peor que uno mismo», ha escrito Ferrlosio), perseverar en el ser no será, pues, sino anteponer a los hechos la voluntad de ese ser mejor ideal que uno imagina, ese ser mejor de lo que se es, objetivo que a veces sólo se conseguirá siendo otro o siendo de otra manera (como en *Juegos de la edad tardía*, donde el deseo se manifiesta en la relación del individuo consigo mismo frente a los demás), o estando mejor, hallándose en situación más favorable (como en *Caballeros de fortuna*, donde prevalecen los estímulos externos de la jerarquía social). Y en este combate entre el ser y el parecer es donde hace acto de presencia el afán como impulso de lo imposible, esto es, como ficción, porque, en definitiva, si lo que se desea ser es inalcanzable, si en la inaccesibilidad radica el mérito, entonces, verdaderamente, el afán es vivir fuera de la realidad, en otra realidad, en la realidad de la ficción. Pueden aportarse ejemplos diversos. Uno: cuando a Gregorio Olías le preguntan qué quiere ser e interviene la

madre para decir: «Hijo mío, ¿y no quieres ser sacerdote?», el abuelo se opone rotundamente: «¡Por lo menos santo! ¡O Papa!», aúlla, es decir, lo imposible, la ficción. Dos: entre las frases célebres que cita Manuel Tejedor, en *Caballeros de fortuna*, figura una de Concepción Arenal: «Sólo la ilusión nos hará libres», que no es aquí proclama libertaria ni equivale al consuelo popular concentrado en la expresión «de ilusión también se vive», sino que sostiene la convicción, según prueba la peripecia del personaje y su siesta de años, de que sólo de ilusión se vive, de que la vida verdaderamente real es la ficticia. Tres: cuando, al final de *Juegos de la edad tardía*, don Isaías reconstruye para Gregorio el largo rompecabezas de la trama, asegura: «Cuando afirmas que has mentido por una buena causa, debes de tener razón, porque las mentiras sirven precisamente para eso, para tener razón», y también: «Para ser feliz, unas cuantas mentiras es un precio muy barato», lo que no viene sino a incidir una vez más en la grandeza y superioridad de la ficción. Sobran los ejemplos. Así, demostrada con las leyes de la lógica literaria y asentada la certeza de que la única forma de ser mejor es vivir en la ficción y alimentar ficciones imposibles, de que ser es representar, de que la confusión de vida y ficción es la única garantía de felicidad personal, los caminos podrán multiplicarse. De momento hemos recorrido dos, el de los personajes de *Juegos de la edad tardía*, que intentan crearse a sí mismos concibiendo un personaje externo, que «son» por persona interpuesta (Faroni es la personificación de un ideal adolescente e inofensivo), y el de los personajes de *Caballeros de fortuna*, que intentan crearse a sí mismos sobre modelos externos, sobre prototipos literarios o estereotipos de la celebridad intelectual, política y financiera (fundamentalmente, Esteban, pero también don Julio, don Belmiro, etc.). Pero, con toda seguridad, Landero sigue levantando y trazando la cartografía del afán.

## VI

Tras el afán y la ficción, el tercer paso es la palabra, considerada en una doble dimensión: como vehículo del relato y como experiencia estética. También podría enunciarse de otro modo: la narración y el estilo. Lo cierto, en cualquier caso, es que la ficción personal sólo alcanza plenitud mediante su conversión en producto lingüístico, esto es, hecha relato, contada. Cuando don Quijote pierde el juicio (si es que lo pierde) en los «libros de caballerías», tan importante es para el diagnóstico de su locura el término «libros» como el término «caballerías», porque, así como el caballero Amadís no es otra cosa que el libro que contiene la relación de sus aventuras,

así la aspiración de don Quijote, aun siendo una sola, cuenta con dos vertientes: ser caballero andante, figurar en un libro por sus andanzas. De hecho, su primer pensamiento de caballero no es otro que brindarle el comienzo del primer capítulo al sabio que escribiere «la verdadera historia de mis famosos hechos». Del mismo modo, los personajes de Landero, empeñados en su propio afán y militantes de la ficción, necesitan del relato en tal medida que bien puede afirmarse que la narración es la culminación del afán, que sólo en la narración se cumple el afán (de hecho, incluso, para Landero, el hombre es un animal narrativo: vivir es contar). Y en ese ajuste de la realidad y la ficción, del vivir y el contar, se sitúa, por ejemplo, *Caballeros de fortuna*, cuya primera parte termina con una profecía de afán: «Algún día tú serás un caballero», palabras de Manuel a su hijo Esteban («Hijo, tú serás un gran hombre», le había dicho Félix Olías a Gregorio en el cierre del primer capítulo de *Juegos de la edad tardía*), y cuyas últimas palabras recogen la esencia del relatar y el destino de Esteban, que «no pierde ocasión de contar de qué manera, hace ya muchos años, estuvo a punto de convertirse en caballero», porque, según la lógica propuesta, el afán nunca se cumple («No permitáis nunca que se cumpla el afán», había dicho el abuelo) y, si se cumple, peor, como acredita la aparición tardía de Elicio Renón, que trabajaba «en una sala de fiestas con nombre tropical, apaciguaba broncas y seducía mujeres», esto es: que se había convertido, como pretendía, en un tipo duro, lo que viene a ser, ciertamente, la desolación del afán cumplido. Consciente, sin duda, de este aspecto, Landero, que dedicó la primera novela fundamentalmente al afán, se ha volcado en la segunda sobre algunos aspectos de la narración, como, por ejemplo, el mecanismo y la figura del narrador, en este caso «un grupo de observadores imparciales. En otro tiempo llegaron a ser más de treinta, pero ahora apenas somos media docena, y aquí nos pasamos las jornadas, alineados en un banco de piedra y con los pies mecidos en el aire. El forastero o el curioso no necesita observar siquiera las novedades que se producen a su alrededor; con vigilar los pies es suficiente. Si se mueven, es que algo está ocurriendo, y según el vaivén así el tamaño del suceso; si enseguida vuelven a pararse, es que se trata de una falsa alarma. La historia de este pueblo, como la de tantos, la han ido escribiendo las generaciones al ritmo de los pies. De tanto golpear, el banco tiene abajo una franja erosionada y sucia, y allí a su modo está esculpida, como en un bajo relieve, la crónica ilegible y exacta de nuestro pasado cotidiano». El narrador, aquí, como la «media docena de hombres vestidos con monos, sentados, acucillados aquí y allá», de *El villorrio*, no es otra cosa que la memoria colectiva del pueblo de Gévora, una especie de «intranarración», pese a que Landero,